

—Nada de eso: todo es muy natural y sencillo, y por lo mismo me inclino á creer que sea verdad.

Cuenta que Jusef se estableció bajo una tienda y construyó una mezquita y una *casbá* para guardar sus tesoros y armas. Para ello dió el ejemplo, concurriendo el primer día vestido pobremente y trabajando en los cimientos de la mezquita como un simple albañil.

—De suerte que la opinión de nuestros sabios respecto á Boconum Hemerum resulta falsa.

—O por lo menos se han equivocado de sitio, pues no lejos de aquí existen, según me han dicho algunos moros de Marruecos, las ruínas de una ciudad que

ellos llaman *Marruecos la Vieja*, pero que bien puede ser la antigua Boconun.

Entretenidos en estas pláticas atravesamos la hermosa llanura cubierta de palmeras que rodea á la ciudad, y entramos en sus estrechas y tortuosas calles echando pie á tierra en casa del caid de ciento, el cual, después de leer la carta que para él traían los soldados, nos recibió con los brazos abiertos, como correspondía á los salvadores y amigos de su hermano. <sup>(1)</sup>

(1) *Las cacerías en Marruecos*, por J. Álvarez Pérez, pág. 44.



## CAPITULO XVI

### CAZA DEL JABALÍ EN LA ANTIGÜEDAD

I



Un papel muy importante desempeñaron antiguamente las redes en la caza del jabalí, y Xenofonte recomendaba no salir á expedición alguna venatoria sin ir provisto de *arkys*, de lazos y de cuerdas. Los *arkys* eran las redes tejidas con lino del Faso ó de Cartago,

filamento tan fino como sólido y resistente. También se servían los antiguos cazadores de la *tela* para cercar á las reses, dispuesta de la misma manera que en nuestros días.

«Cuando el crudo invierno,—dice Horacio,—viene con su acompañamiento obligado de nieves y de lluvias, el cazador, auxiliado por su jauría, aprisiona en las *telas* al furioso jabalí.»

Virgilio, por su parte, al describir este género de cacerías, dijo también: «Mientras que los jinetes corren por todos lados y rodean los bosques con la *tela* etc.»

Es indudable, por consiguiente, que entonces se usaban espesas redes y telas para rodear, no sólo el recinto de determinadas familias de jabalíes, sino grandes extensiones de bosques para hacer más vasto y más divertido el campo de las correrías. De trecho en trecho, á buena distancia, aprovechando los sitios más claros ó despejados de vegetación, colocábanse espanta-

jos horribles, llenos de plumas de pájaros pintados con vivos y abigarrados colores. Oppiano insiste mucho en que se consulte siempre la dirección del viento para colocar á los cazadores, porque el animal, prevenido por el olor, huye del lado opuesto al en que presente el ataque ó adivina el peligro.

De la misma manera que se practicaba para los ciervos, se tendían igualmente lazos para los jabalíes. Los cazadores, ocultos por completo y sin hacer el ruido más insignificante, acechaban el momento en que la bestia caía en la trampa; entonces, desatrabillaban á los perros, y la escena adquiría ese imponente carácter que reviste cuando el jabalí, abrumado por sus numerosos enemigos, se resuelve á hacerles frente y á vender cara su vida, hasta que una lanzada certera echaba por el suelo la arrogancia del arisco solitario de los montes.

Tratemos ahora de la caza, teniendo á Xenofonte por autoridad y por guía en nuestro sucinto relato.

Llegados al paraje en donde presumían que se había guarecido el jabalí, conducían los cazadores á los perros, atrallados, por supuesto, y con sumas precauciones para que no alborotasen con sus ladridos y movimientos. Un perro de Laconia era el único que iba suelto para buscar la pista, y al que los hombres seguían en todas sus vueltas y revueltas; hombres, como

se debe suponer, acostumbrados desde su infancia á tan ruda faena, que exige unos músculos de acero y unos pulmones de hierro. El perro rastrea en los sitios calientes en invierno y frescos en el verano, que son los que busca el jabalí; y, una vez encontrada la pista, seguía las indicaciones del animal todo el tren, hasta que el perro ladraba con fuerza, señal evi-



dente que estaba cerca la res apetecida. En aquel momento de indescriptible alegría, seguros los cazadores de que la pieza se encontraba allí y que no podía escapar sin ser vista, mantenían las jaurías quietas á cierta distancia, reconocían con cuidado la posición, y principiaban á tender las redes, enlazando las mallas á las ramas fuertes de los árboles que podían soportar el peso, y plantando estacas de sostenimiento en los claros en que no los daba la naturaleza. Las redes ó *arzys* las tejían dejando las mallas muy abiertas para que el jabalí, al entrar en el recinto cercado, viese claramente la campiña del lado allá, y no recelara ni previese la existencia de lazo. En seguida, y desde el cubil hasta el lugar cercado con la red, se construía una especie de camino ó senda provisional, aprovechando las líneas paralelas de los árboles, cerrando los costados con piedras amontonadas ó con malezas que formaban en el instante un rústico peridromo. Apenas concluida la tarea, se soltaban los

perros, que en unión de los cazadores se arrojaban impetuosamente al retiro del jabalí. El cazador más experto se colocaba, para dirigir, á la cabeza de todos; seguíanle los demás en buen orden y á cierta distancia, á fin de abrir paso á la fiera, porque, si ésta encuentra en su camino á muchas personas reunidas, corren el riesgo de ser derribadas ó heridas sin necesidad alguna, porque entonces no se trata de rematar al jabalí ni de luchar con él, sino de obligarle á ir al terreno preparado de antemano.

«Cuando los perros estén cerca del cubil,—dice Xenofonte,—se echarán encima apenas se vean sueltos; el jabalí, turbado, se levantará, y probablemente echará á volar por el aire al primer perro que se le presente. Luego busca una salida al aperebirse de lo formi-

dable del ataque. Si el camino hecho hasta las redes está cuesta abajo, se precipita ruidosamente por él; y si es llano irá á buen paso, pero con firmeza y paseando sus miradas en actitud de reto ó de amenaza.»

En estos instantes los perros le seguían de cerca, los cazadores le lanzaban piedras y venablos, siempre por detrás y á cierta distancia, hasta obligarle á ir por la vereda y entrar en el recinto cerrado. Al verle dentro comenzaba la persecución y la verdadera cacería en regla. El animal rodaba por el suelo á los golpes de pica y á las lanzadas de sus contrarios, que con gritos de júbilo celebraban su triunfo venatorio.

Si á pesar de las jabalinas y de las piedras no daba



SHAKESPEARE COMO CAZADOR FURTIVO; CUADRO DE JULIO SCHRADER